

SUMARIO

Acerca de las operaciones de los franceses en Marruecos. por J. A.—*Napoleones en agrax y los peligros de sus doctrinas,* por el Capitán Subrio Escápula.—*¿Lanza ó sable?* por G.—*Los «plutoniers» del ejército rumano.*—*Dirigibles y aeroplanos.*—*Nuevos uniformes del ejército francés.*

BIBLIOTECA

Pliegos 29, 30, 31 y 32 de «Geografía Militar de Marruecos», por D. Antonio García Pérez.

ACERCA DE LAS OPERACIONES DE LOS FRANCESES EN MARRUECOS

Han transcurrido bastantes días desde que los franceses iniciaron sus operaciones militares en Marruecos. Los combates librados no se han distinguido por lo sangrientos, ni por lo empeñados, y al parecer se han reducido en realidad á tiroteos y simples escaramuzas en la que la artillería ha tomado mucha parte. La dificultad de comunicaciones, de un lado, y de otro la prudente y estudiada reserva que guarda la prensa francesa, no permiten conocer con detalles el desarrollo y los resultados de las operaciones; con todo, hay motivos suficientes para colegir que alguna de las columnas que maniobran en dirección á Fez ha tenido más de un tropiezo y que la fidelidad de las tropas indígenas no ha brillado á gran altura.

Pero antes de que los pequeños contratiempos adquieran caracteres de gravedad y puedan llegar á comprometer la campaña, los franceses habrán puesto en el teatro de operaciones tropas más que suficientes para alcanzar el objetivo que se proponen, y, lo que es muy importante, poseerán un conocimiento bastante exacto de los territorios en que han de moverse.

La zona en que se desenvuelven los sucesos actuales no presenta las dificultades topográficas de las comarcas vecinas á nuestras posesiones, y además los habitantes del interior, con quienes en todo caso tendrán que habérselas los franceses, no son tan guerreros como los del litoral, ni tienen, como estos últimos, facilidades para proveerse de armamento y municiones. Conviene tener esto en cuenta para huir de comparaciones superficiales que no nos serían favorables.

A pesar de las grandes distancias que han de recorrer las columnas francesas y de los entorpecimientos que á una rápida marcha oponen los

convoyes, de los que no es posible prescindir, descuella como caracter principal de las operaciones emprendidas por nuestros vecinos europeos la resolución en el obrar, gracias á la cual la iniciativa está siempre de su parte y se adelantan á menudo á la acción defensiva que podría oponerles el indigena. En todos los países, y tal vez más que en ninguno en Marruecos, no es lo mismo ocupar un territorio antes que se alcen en armas sus habitantes que invadirlo cuando se ha extendido ya el estado de guerra; en el primer caso la pacificación se obtiene antes y á menos precio, y los marroquíes aprecian desde luego las ventajas de la protección del más fuerte; en el segundo caso hay que contar con lo imprevisto y con una resistencia poco vigorosa, pero larga y molesta.

En los métodos franceses puede observarse también una modalidad sacada del olvido por Napoleón y que desde entonces se ha ido acentuando en las guerras europeas: una vez dado el primer paso, los franceses no descansan ni cejan hasta haber dado feliz remate á la campaña, excediéndose—si cabe excederse—en las operaciones militares, para que los mogrebines queden, más que vencidos, aterrados; solo de este modo puede llegarse á un resultado duradero, definitivo.

En su larga lucha en Argelia, han aprendido los franceses que el árabe no es valiente sino cuando cree conseguir la victoria, y que la vacilación, la lentitud de su enemigo, la interpreta como síntoma de debilidad ó de temor, dando ello lugar que empuñen las armas muchos que de otro modo habrían permanecido pacíficos en sus pueblos y aduares, y engrose rápidamente el contingente indigena. Antes de emprender las operaciones se puede y se debe meditar mucho, pero una vez iniciadas hay que proceder con toda energía, sin descanso y sin vacilaciones: así piensan los franceses y los hechos les han dado la razón. Este es sencillamente un principio que lo mismo tiene aplicación en Africa que en Europa, con la diferencia que su observancia disminuye las dificultades en Europa, mientras que en Africa las allana por completo en muchos casos.

Digno de notarse es también el hecho de que los franceses no apliquen en Marruecos sus reglamentos con toda rigidez, sino que les atribuyan una elasticidad tal que consienta la práctica de lo que se ha llamado la guerra en pequeña escala. Y es que sin despreciar á su enemigo, no le conceden sin embargo tanta importancia como á otro que tuviera la misma fuerza, pero europeo. Esto contribuye también á abreviar las operaciones y á obtener con menos fuerzas resultados igualmente decisivos. Nos parece muy interesante este punto de vista, en particular para nuestras tropas del ejército de Africa, dada la reacción que en los últimos años se ha producido en favor de los métodos clásicos modernos.

Sabido es en efecto que á consecuencia de las guerras civiles y de las campañas coloniales, nos habíamos apartado insensiblemente de los moldes científicos, inclinándonos á los de la guerra de guerrillas; en la última

década, después del encuentro con una nación cuyo ejército si bien no es un modelo insuperable no deja de ser regular y estar bien instruido y organizado, hemos comprendido que para vencer es menester estudiar y prepararse y que no bastan el valor ni la inspiración del momento, y de ello se engendró el actual movimiento de reconstitución interna que tantos progresos nos ha permitido hacer en pocos años. La campaña de Melilla sobrevino en estas circunstancias, y como es lógico, se quiso hacer la guerra de un modo completamente regular, siendo éste acaso el principal motivo de los defectos que se observaron en las operaciones del Rif. Conviene ponerse en guardia, por consiguiente, si el caso llega, contra ese modo de ver las cosas de la guerra, pues aun siendo inmutables y eternos los principios militares, caben en su aplicación muchas modalidades según el terreno y el enemigo.

Finalmente, se ha demostrado una vez más en los combates librados por los franceses, que la caballería árabe se compone de un conjunto de ginetes diestros, hábiles y osados, pero como tropa organizada es muy poco temible y en modo alguno merece la reputación que en tiempos pasados se ha querido atribuirle.

J. A.



NAPOLEONES EN AGRAZ Y LOS PELIGROS DE SUS DOCTRINAS

No creo que ninguno de mis habituales lectores—que tengo lectores lo sé, pero ignoro si son habituales—me pueda tildar de parcial en favor de los franceses, ni menos aun de malquerencia hacia las cosas militares de los alemanes. Reputo el ejército alemán el mejor del mundo, y por consiguiente el más perfecto en sus organismos y modalidades, aunque esto no quiere decir que lo crea exento de defectos, inseparables de toda institución humana. Hecha esta declaración, me creo con la independencia de juicio suficiente para poner de relieve una debilidad, hasta cierto punto disculpable, que hace poco honor á los escritores militares de aquel país, Alemania, y á todo el ejército, que participa del mismo modo de ver las cosas.

Los alemanes no niegan los méritos de Napoleón, ni tratan de ocultar, pues ello sería pueril y vano, las tremendas derrotas que les infligió aquel coloso de la guerra. Pero á fuerza de exprimir el juicio; á copia de estudiar aquellas campañas y de escribir volúmenes, unos buenos y otros malos; llevados de su espíritu nacional, que no les permite declararse inferiores á sus rivales los franceses ni ahora ni en tiempos pretéritos, han acabado por sentar una teoría que ha ido extendiéndose por el resto del mundo y que ha llegado á hacer prosélitos en Francia, y desde luego los cuenta con abundancia en España. Esa teoría es la siguiente: en Napo-

león hay que ver dos aspectos: el del hombre de acción y el del hombre que planea métodos de guerra, concepciones estratégicas y batallas. Así, desdoblada la personalidad del caudillo, los alemanes han averiguado que como hombre de acción poseyeron un general de tantos méritos como Napoleón: el mariscal Blücher; y como hombre de superior mentalidad tuvieron otro general de la misma talla: Gneisenau. Es decir, que si bien no contaron en su seno con un Napoleón, afirmación que no se han atrevido á hacer sin duda por temor á la risa de los demás pueblos, tuvieron dos medios Napoleones en los primeros años del siglo pasado, y otros varios, también medios, en la centuria siguiente, sin contar á Moltke, al que con el tiempo es de creer lleguen á considerar superior á Napoleón.

Si esa teoría risible no trascendiera de los libros, ni tuviera ninguna influencia en nuestro modo de apreciar las cosas de la guerra, no nos ocuparíamos en ella, y la consideraríamos únicamente como un desahogo del amor propio alemán, tan profundamente humillado por el glorioso corso. Pero como de la apreciación se pasa á su aplicación práctica, y se ha puesto de moda el copiar y seguir las huellas de lo que nos viene de Alemania en punto á *re militare*, no será ocioso que llamemos la atención acerca de tan extendido error.

Gneisenau fué indudablemente un hombre de talento, de más talento que los generales que le tuvieron á sus órdenes y cuyo principal mérito consistía en la terquedad y en creerse victoriosos cuando sus tropas no eran completamente deshechas por el Emperador francés; tuvo buen juicio y acertado espíritu crítico, y en sus deducciones y planes acertó dos ó tres veces, lo más, lo más, una media docena. Pero no pasó de ahí, ni demostró nada más. Generales de la talla de Gneisenau ha habido muchísimos, y en aquellos mismos tiempos vivieron otros de tanta ó más valía, pero que no tuvieron la suerte de haber nacido en Alemania, y por lo tanto no merecen los elogios de quienes nos imponen su criterio en todo y para todo. Y lo más curioso del caso es que para que resaltaran los méritos de Gneisenau ha sido menester que transcurriera mucho tiempo y se despolvaran los libros y papeles que dormían en los archivos, y más aun que eso, que Alemania llegará al apogeo de su grandeza militar y necesitara crearse una gloria de que carecía.

Entre sus contemporáneos, Gneisenau no brilló con los fulgores que después le han atribuido sus compatriotas. Es más, si no hubiera intervenido en la campaña de 1815 casi se puede asegurar que quedara obscurecido para siempre. Su intervención en esta campaña le ha valido una aureola ficticia, toda vez que por más que digan los alemanes no ganó la campaña Gneisenau, ni menos Wellington ó Blücher, sino que la perdió la presuntuosidad y estolidez del gran jinete Grouchy. Pero aun admitiendo que la influencia de Gneisenau hubiera sido decisiva en 1815, no hay motivo para poner al lado de un genio que domina al mundo durante veinte años, al

hombre que á fuerza de estudiar los métodos de su enemigo y sin la responsabilidad del mando acierta una vez. Lo repito, son innumerables los Gneisenau que figuran en la historia militar de todas las naciones, con la diferencia que de unos se han valido sus compatriotas para glorificarse á si mismos y realizarse en el concepto ageno, mientras que de otros nadie se ha acordado, especialmente si nacieron en el S. O. de Europa.

Está bien que los alemanes alaben á Gneisenau, á condición de que no traten de elevarlo á la par de Napoleón, pero estaría mejor que los que no son alemanes no fueran á buscar en aquel general enseñanzas y lecciones que en realidad no le pertenecen, puesto que todo lo que nos ha dejado no es más que aplicación ó adaptación de parte de las grandiosas lecciones del genio galo.

Aparte de esto, es triste que la tinta y materia gris que en España se han gastado y se gastan estudiando á Gneisenau, no se hayan empleado y empleen en estudiar á otros generales españoles de tantos ó mayores méritos absolutos, y desde luego de mayores méritos relativos, porque su labor se adaptó estrictamente á los caracteres de nuestra raza.

Tocante á los Blücher, su mérito único, recomandabilísimo y loable en alto grado, fué el de poseer una firmeza inquebrantable, á prueba de derrotas. Las que padeció frente á Napoleón fueron incontables; la última de ellas dos días antes de Waterloo, en Ligny. Si nos aplicáramos á estudiar nuestra guerra de la Independencia con el mismo entusiasmo que sentimos por las que se riñeron en el centro de Europa, veríamos que en aquella época florecieron en España muchos Blücher, con la ventaja de los nuestros sobre el prusiano que la victoria les acarició con sus dones más á menudo. Pero los sabios europeos se han empeñado en hacer creer al mundo que Napoleón fué vencido por prusianos é ingleses, y casi han enmendado la plana á los testigos y actores de aquellos inolvidables sucesos, contestes todos en que España y Rusia fueron quienes dieron al traste con la pujanza del Emperador; la derrota final era lo de menos, pues si no hubiera habido un Waterloo hubiera habido otro campo de batalla en el que desapareciera el poder de un hombre que con sus fuerzas se había empeñado en sojuzgar el mundo.

Llegando á épocas más modernas, las guerras de 1866, 1870 y 1878, dieron lugar á que los mismos tendenciosos escritores vieran generales, como Skobelev, Gurko, Moltke, etc., á los que primero tímidamente y luego ya sin rebozo se ha comparado con Napoleón. De haber sido italianos, franceses ó españoles quienes sentaran tal peregrina comparación, todo el ridículo hubiera sido poco para combatir sus escritos; pero como fueron alemanes principalmente los inventores de la especie, ésta la hemos admitido como verdad inconcusa y sin examen. Si los japoneses no fueran rivales de los alemanes, es de creer que pronto el inofensivo y bonachón Oyama fuese elevado á los altos pedestales de la gloria napoleónica.

La historia militar contada por los hechos, no por los libros que aderezan los hechos á la medida de los gustos y prejuicios del autor, nos dice que Napoleón poseyó en grado único un mérito que no encontramos en ninguno de los generales de los tiempos modernos, incluyendo al gran Federico, tan rutinario como sus rivales: el de la improvisación; sabía improvisar ejércitos, soldados, planes de campaña, planes de batalla, y gracias á ello sorprendía siempre á sus enemigos y les vencía con fuerzas inferiores; el empleo de la masa relativa era el principio fecundo de los métodos napoleónicos, mientras que posteriormente se ha aplicado el principio de la masa absoluta y se ha decidido la guerra por aplastamiento, pero no principalmente por el mérito de las combinaciones. A la labor rápida y variable con las circunstancias, á la multiplicidad de formas de la guerra, al dominio absoluto de los factores morales, que resplandecen con brillo sin igual en las campañas de Napoleón, han substituido en las siguientes la preparación de años y años y el empleo de la supremacía de la fuerza material. En otros términos, al genio soberano ha seguido el estudio perseverante, que requiere más método y paciencia que talento.

Reconociendo desde luego el mérito de los nuevos métodos, hay que proclamar muy alto que ellos tendrán eficacia y conducirán á buenos resultados en tanto el enemigo sea más débil; pero que se derrumbarán estrepitosamente el día, próximo ó lejano, en que aparezca un general, aunque no llegue á la talla de Napoleón, que sin dejar de ver en la guerra una ciencia, la mire también cariñosamente como arte y sepa interpretarla según este último aspecto.

Por eso estimamos tan equivocada la tendencia general de nuestros tratadistas, que se dejan alucinar por las teorías alemanas, y consiguientemente por las francesas, muy buenas para aquellas naciones, pero pésimas para nosotros. La composición y organización de los ejércitos y los métodos de combate actuales están hechos expreso para países de gran población, de donde se deduce que conducirán á la victoria contra un rival menos numeroso y casi indefectiblemente á la derrota si el enemigo es más fuerte. Y ¿habrán pasado veinte centurias de civilización, con innumerables guerras, para llegar á una consecuencia tan desconsoladora y en abierta contradicción con la realidad incontestable de los hechos? Responda el lector. Copiemos de fuera, de Alemania en particular, todo lo bueno y que no padezca con la trasplatación; pero copiar un sistema ideado precisamente para aplastarnos, es labor que reviste todos los caracteres de un suicidio. Parece que estamos en los tiempos de Goliath antes de la aparición de David. ¿Será mucho pedir que trabajemos todos por derrocar los procedimientos de Goliath y preparar la aparición de otros menos estrechos, menos rutinarios (no merecen otro calificativo), más *artísticos*?

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA.

¿LANZA Ó SABLE?

Sobre esta interesante é importante cuestión del armamento de la caballería, á que se refiere el artículo del General de Caballería Freiherr von Gebattel, permítase á uno que no pertenece al arma tomar partido en favor de la lanza.

En algunos círculos de nuestros oficiales de caballería reina cierto desvío hacia la lanza, como yo he tenido ocasión de observar frecuentemente en conversaciones con aquellos oficiales. Todos los argumentos que se aducen contra la lanza pueden resumirse en los siguientes: mayor peso sobre el caballo, molestia para el jinete, dificultad en el combate por el fuego, entorpecimiento en el combate cuerpo á cuerpo. Desde luego se reconocen las ventajas de la lanza en un encuentro con otra caballería no armada con ella, pero al mismo tiempo se dice que las ventajas no compensan á los inconvenientes de que adolece. Estos razonamientos de algunos jinetes no me han convencido, por lo cual he procurado formar juicio por mí mismo.

Para mí no tiene la menor duda la grande influencia que ejerce el armamento en el ataque de una caballería armada con lanza contra otra que sólo lleva sable. No sólo descansa la superioridad de la lanza sobre el efecto moral que provoca en el enemigo la vista de una muralla de lanzas que se arroja sobre él, porque la ley de la fuerza viva milita también en favor de la lanza, tanto como el efecto moral.

Si examinamos la historia de la guerra, nos convenceremos que hoy lo mismo que hace dos mil años se conserva invariable el combate á caballo, sin que en lo que quepa vislumbrar del porvenir se pueda advertir un profundo cambio producido por las armas del fuego, por lo que no hay motivo para poner en duda las ventajas de la lanza.

A mi juicio el desvío hacia la lanza nace principalmente de las prácticas del tiempo de paz, habiéndome confirmado esta opinión numerosas inspecciones y ejercicios de la caballería.

No cabe negar que la instrucción de un jinete armado de lanza es mucho más larga y fatigosa. En otro tiempo los esfuerzos y el tiempo dedicados á la instrucción de la caballería se empleaban casi exclusivamente en la enseñanza á caballo; pero á la caballería moderna no le basta esto ni con mucho, porque ha de ocuparse de la lanza y de la carabina. Ninguna duda tiene que ambas armas exigen una instrucción intensa y continuados ejercicios. Las exigencias de la guerra moderna han dificultado la instrucción de la caballería, y seguramente esta dificultad será mayor cada día. De aquí que por causa de la debilidad humana se pretenda renunciar á las ventajas de la lanza, con objeto de lograr de este modo disminuir todo lo posible la expresada dificultad y poder dedicar más tiempo á las demás ramas de la instrucción.

Pero esto está todavía más indicado respecto de la carabina, cuya importancia en las guerras futuras sobrepujará á la de la lanza. El empleo de la carabina estará más indicado cuando no haya que luchar contra masas de ginetes enemigos, porque cuando esta ocasión tenga lugar, la lanza será necesaria para allanar el camino y uso de la carabina. Una vez arrojada de su camino la caballería enemiga ó puesta casi en dispersión, tendremos abierto el camino para llegar á los flancos y retaguardia de las columnas del ejército adversario, y con la carabina en la mano podremos entablar el combate por el fuego contra la espalda del enemigo.

Si despojamos á la caballería de la lanza, facilitaremos á los ginetes el manejo y el porte de la carabina; pero entonces se dificultará la principal misión de la caballería que requiere la intervención de las armas blancas en los grandes combates. Por consiguiente, debe nuestra caballería tratar de resolver el problema, durante la guerra, de despejar el camino valiéndose de la lanza, con objeto de poder después llegar sobre ágiles caballos á la espalda del enemigo, para atacarle con la carabina.

¿Qué queda después de esto contra el empleo de la lanza? Que en un combate cuerpo á cuerpo es más útil el sable. Podrá ser, pero yo no lo creo. Esta aparente desventaja de la lanza es mera cuestión de enseñanza, lo mismo que la incomodidad que produce al jinete, y se allana más todavía la dificultad si se tiene cuidado al efectuar el reclutamiento de elegir mozos aptos para el servicio á caballo, y en particular de musculatura muy desarrollada. El exceso de peso que tendrá que llevar el caballo, ciertamente escaso, casi se anulará si el jinete está bien instruido en el modo de llevar el arma y manejarla.

Si por las consideraciones que preceden llego yo á la consecuencia de que para la caballería de ejército es necesaria la lanza, en tanto no cambie de un modo fundamental el aspecto de la guerra moderna, los mismos razonamientos me llevan á creer que esa arma no es necesaria á las divisiones de caballería.

No es especial cometido de las divisiones de caballería el empeñar combate á caballo con numerosas tropas montadas enemigas, para arrojarlas del camino que se lleva, porque para ello se requiere el combate por el fuego. Les está vedado trabar una lucha decisiva, á causa de su debilidad, ni comprometerse en una pelea en que se arriesgue su existencia, lleven lanza ó carabina. Su misión se reduce á la de exploración, reconocimientos y partes, dentro del mismo marco y con el mismo objeto táctico que las divisiones de infantería. Para estos variados y difíciles cometidos serán bastantes las débiles fuerzas de algunos escuadrones, las cuales no obstante se agotarán pronto. Se impone, por consiguiente, el aligerar todo lo posible á los ginetes y caballos en el servicio que incumbe á las divisiones de caballería, no estando motivado el empleo de la lanza, toda vez que no han de tomar parte en combates empeñados. La

capacidad combatiente de las divisiones de caballería se extiende á otros cometidos que la de la caballería de ejército, cuyo objeto es el tomar más parte en la lucha. Las luchas que ha de iniciar una división de caballería tienen más bien por objeto el entretener, y en los encuentros con la caballería adversaria se recurrirá á la caballería por regla general para buscar el desenlace. Aparte de los casos en que se imponga un ataque, se recurrirá con preferencia á una hábil ejecución y á la utilización de las ventajas del terreno, y á los movimientos rápidos á que se presta la pequeñez del efectivo y la elasticidad de sus enlaces. El combate por el fuego de la caballería es desde muchos puntos de vista análogo á los combates de encuentro de la infantería. Las exigencias del rápido desarrollo de un suficiente y fuerte frente de fuego se le presentan á menudo á una división de caballería, lo cual aconseja que no se aminore su movilidad por la lanza, ni se estorbe el empleo de la carabina por tener que dejar fuera de la línea de combate muchos caballos de mano.

El estudio de la parte que en la guerra ha de tomar la caballería, me conduce á la conclusión que la lanza es necesaria para nuestra caballería de ejército, pero no lo es para las divisiones de caballería independiente.

G.

(Del *Militär Wochenblatt*).



LOS "PLUTONNIERS" DEL EJÉRCITO RUMANO

Hace años que Rumania se preocupa de mejorar su ejército, y á este efecto ha mantenido siempre un crecido número de oficiales agregados á los ejércitos extranjeros, para estudiar las reformas que convenia llevar á cabo. La reorganización de la enseñanza militar se ha efectuado recientemente, siguiendo los patrones que rigen en otros países y que son sobradamente conocidos; pero atendiendo al mismo tiempo á sus necesidades especiales, ha creado una nueva categoría de suboficiales, los "plutoniers", que no tienen parecido en el resto de Europa, y que parece han de dar excelentes resultados, sobre todo teniendo en cuenta que el servicio militar se ha reducido á dos años y que la misión de los oficiales se hacía más difícil cada día.

Tomamos de la *Revue militaire des Armées Etrangères* los siguientes párrafos, que explican perfectamente el alcance de aquel nuevo empleo de la milicia.

"En 1908, cuando el servicio fué reducido á dos años para la infantería y los ingenieros por la nueva ley de organización del ejército, se trató de asegurar la instrucción de los suboficiales y sobre todo de los "plutoniers".

“En aplicación del artículo 15 de esta ley de 29 de marzo de 1908, por la que la instrucción debía tener lugar en las escuelas, un Real Decreto creó en cada cuerpo de ejército una escuela de suboficiales de infantería, y restableció para las demás armas las escuelas anteriores en cada regimiento de caballería y de artillería y batallón de zapadores.

“La duración del curso debía ser de un año. Eran admitidos los cabos y soldados en su primer año de servicio, que hubieran seguido los cursos de las cuatro clases primarias, y los mozos civiles admitidos directamente y que hubiesen aprobado los cursos de dos clases de los institutos.

“Para dar desde el primer momento una cierta unidad de instrucción, las escuelas se concentraron en Foshani bajo una dirección única. Comenzaron á funcionar en estas condiciones el 10 de marzo de 1908, y no quedaron organizadas en sus cuerpos respectivos hasta el 20 de octubre de 1909. El efectivo que al principio fué de 400 alumnos se aumentó á 440 al empezar el año 1909.

“Al cabo del primer año, salieron 210 alumnos con el grado de suboficial, de los cuales 73 con la nota de bueno y 137 con la nota de aprobado.

“Este rendimiento no pareció bastante. Se estimó que haciendo pasar á todos los suboficiales por esas escuelas, se dispersaban demasiado los esfuerzos, que era preferible concentrar en la educación de los “plutonniers.” En consecuencia se suprimió las escuelas de suboficiales y se acaba de crear los “plutonniers” de las escuelas especiales.

“El reclutamiento de las clases de tropa se asegura actualmente como sigue:

“Los cabos se instruyen en sus unidades (compañías, escuadrones, baterías); los suboficiales en sus regimientos; los “plutonniers” en las escuelas cuya creación acaba de ordenarse.

“Escuela de “plutonniers.” La organización de detalle es la siguiente: “Para dar á las clases inferiores que han de convertirse en “plutonniers” la instrucción teórica y práctica que es necesaria, se crean escuelas preparatorias de “plutonniers” para infantería, caballería, artillería de campaña y de plaza, zapadores é ingenieros. Los alumnos “plutonniers” reciben los conocimientos especiales necesarios para ser buenos instructores subalternos en la instrucción individual, el tiro, la equitación, los trabajos de campaña y el servicio de campaña.

“Dirige la enseñanza una comisión compuesta por todos los profesores de la escuela, bajo la presidencia del director de la misma.

“El examen de salida á que han de someterse los alumnos tiene lugar bajo un tribunal compuesto por el director de la Escuela y dos jefes del arma, en lo que se refiere á una escuela agregada á una Escuela militar; y el jefe del cuerpo y dos oficiales del arma, para una Escuela agregada á un cuerpo de tropa.

“Reclutamiento de los alumnos. Los alumnos admitidos en estas es-

cuelas se reclutan entre los suboficiales de las armas respectivas en su último año de servicio y que cumplan los requisitos siguientes:

“Ser rumano, gozar de buena salud y una constitución robusta, tener buena conducta lo mismo en la vida civil antes de su incorporación á filas que durante su tiempo de servicio; ser soltero, haber seguido por lo menos dos clases de gimnasio (instituto elemental), dado pruebas de buena educación militar y de las aptitudes necesarias para desempeñar su nuevo empleo, tener una antigüedad de seis meses ó más en el empleo de suboficial y haber servido efectivamente en activo durante un año y cinco meses en las tropas cuyo servicio es de dos años, y comprometerse á reengancharse como “plutonier” á su salida de la Escuela.

“La duración de los cursos es de siete meses (del 1.º de abril al 1.º de noviembre).

“El examen de salida comprende una prueba oral y una prueba de aptitud militar sobre el terreno.

“La prueba oral consiste en una aplicación de varias de las materias enseñadas en la Escuela.

“La prueba de aptitud militar sobre el terreno consiste en: a. Método de instrucción de los reclutas; ejecución y aplicación á un recluta y á una escuadra, y aplicación de todos los reglamentos y manuales del arma.— b. el mando de un pelotón de infantería ó de caballería y de una sección de artillería.—c. Lectura de la carta y levantamientos á ojo, en una escala dada, de una porción de terreno.

“Los alumnos “plutoniers” aprobados en los exámenes de salida son reenganchados de oficio como “plutoniers”, en los cuerpos á que pertenecen. Los no aprobados son licenciados con el grado de suboficiales.

“En caso de falta de “plutoniers” en la fecha de terminación del curso, los que han sido aprobados en los exámenes de salida de la Escuela tienen el derecho de ser mantenidos en las funciones de suboficiales instructores hasta que se produzca una vacante en el cuerpo. El primer lugar vacante se da á los alumnos “plutoniers” en sus cuerpos respectivos, según la clasificación obtenida á la salida de la Escuela.

“Desde el punto de vista administrativo, las Escuelas de “plutoniers” son administradas por la Escuela ó el cuerpo á que están agregadas. Los alumnos continúan figurando en sus cuerpos, de los que son destacados á la Escuela.

“Llevan el uniforme de su cuerpo de origen y además, como distintivo especial, un galón de lana azul atravesado en zig-zag, en sentido de su longitud, por un cordoncillo rosa, cosido á la manga izquierda de la guerrera ó del capote, ó sobre las dos hombreras de la blusa.

“Cada cuerpo de tropa montado envía á la Escuela, para cada alumno “plutonier” que tiene destacado en ella, un caballo de silla con la montura completa.”

DIRIGIBLES Y AEROPLANOS

En una Revista militar austriaca se ha publicado un notable artículo sobre dirigibles y aeroplanos, del que damos á continuación un extracto, suprimiendo empero aquellos párrafos que se refieren á teorías ó puntos de los que con frecuencia nos ocupamos en estas páginas.

Dirigibles

En su concepto militar, los dirigibles pueden ser rígidos ó deformables. Los primeros conservan su forma, tanto si están llenos como si están vacíos, y por consiguiente no pueden transportarse en vehículos militares; mientras que los segundos, desinflados, pueden repliegarse y cargar en un carruaje. Esta diferencia es muy importante militarmente considerada: los rígidos presentan gran superficie al viento y esto obliga á resguardarlos en cobertizos especiales; los deformables pueden ponerse á salvo aunque reine fuerte temporal, si bien hay que advertir que no existe un límite bien determinado para saber cuándo hay que desinflar un dirigible de este tipo; unas veces se correrá el riesgo de perder el globo por no resolverse á vaciarlo á tiempo, y otras se perderá el hidrógeno sin necesidad, pues bastaría anclar bien el dirigible sin necesidad de desinflarlo.

El tipo principal de los dirigibles rígidos es el "Z II" (sistema Zeppelin), que tiene 15.000 cúbicos de volumen, 136 metros de largo, 13 metros de ancho, 13 metros de diámetro, 12,5 metros de velocidad por segundo, una fuerza motriz de 250 caballos y una capacidad de transporte de 4.000 kilogramos. Se asegura la conservación de la forma del dirigible mediante una envuelta de plancha de aluminio, revestida exteriormente con seda resistente, y 17 pequeños globos para el gas en el interior. Dadas sus enormes dimensiones y lo delgado de las paredes de aluminio, se comprende que este dirigible está muy expuesto á sufrir averías, sobre todo en el acto de tomar tierra.

El tipo deformable se caracteriza por su propiedad á tomar la forma de vuelo gracias á una tensión interna, para conservar la cual se emplean los llamados *ballonets*, que vienen á ser sacos de aire en los que éste se inyecta á determinada presión y se mantiene en una tensión de equilibrio, de modo que si el hidrógeno del globo disminuye en volumen aumenta el volumen de los *ballonets* y recíprocamente. Tan importantes órganos funcionan pues hasta cierto punto como recuperadores de gas, y de sus dimensiones depende la altitud á que puede remontarse el dirigible.

Entre los varios tipos de dirigibles deformables, comprendiendo entre ellos los llamados semirígidos, los principales son los siguientes:

El dirigible militar alemán "P III" (sistema Parseval), que tiene 6.700

metros cúbicos, 60 metros de largo, 12, 3 de diámetro, 14, 1 de velocidad por segundo, capacidad de transporte de 2.000 kilogramos y fuerza motriz de 200 caballos. Este dirigible es bastante transportable en carros.

El dirigible militar alemán "M III (sistema Gross), que tiene 6.500 metros cúbicos, 83 metros de longitud, 12, 4 de diámetro, velocidad de 16, 4 por segundo, capacidad de transporte de 2.100 kilogramos y fuerza motriz de 300 caballos. Es transportable en carruajes de campaña.

El dirigible francés "Clément Bayard", con 7.000 metros cúbicos, 13, 50 de diámetro, 14 de velocidad y 220 caballos. Es transportable en carros pesados impropios para campaña.

El dirigible francés escuela de pilotos "Liberté", del tipo Lebaudy, que tiene 4.200 metros cúbicos, 63 metros de longitud, 10, 8 de diámetro, 12, 5 de velocidad y fuerza de 135 caballos. No es transportable en carruajes militares.

El dirigible italiano "I bis", con 3.450 metros cúbicos, 62 de longitud, 10, 5 de diámetro, 14 de velocidad, capacidad de transporte de 1.100 kilogramos y fuerza de 120 caballos.

Los dirigibles se mueven en el aire con una velocidad compuesta resultante de la velocidad propia y de la fuerza del viento, de modo que cuando mayor sea la primera tanto menor será la perturbación producida por el viento.

De las observaciones efectuadas se deduce que si la presión atmosférica es pequeña y el firmamento está cubierto, la velocidad del viento crece rápidamente con la altura. A mil metros de altura, el viento tiene una velocidad inferior á 10 metros por segundo 63 días de cada 100. A 500 metros de altura la velocidad del viento es igual ó menor á 10 metros 260 días al año, y otros 50 días dicha velocidad, á la expresada altura, excede de 15 metros por segundo.

Un dirigible como el "M III", que tiene la velocidad propia de 16, 4 metros, puede maniobrar casi diariamente á una altura de 500 metros, mientras que otro del tipo Liberté puede maniobrar muchos menos días.

En la aparente irregularidad de las perturbaciones atmosféricas se encuentran las mayores dificultades para la navegación aérea, mucho más si se tiene en cuenta que casi siempre coinciden con la variación del viento transtornos atmosféricos de otra clase.

Salvo el caso de que el dirigible se eleve extraordinariamente y la atmósfera esté muy brumosa, la orientación en el aire no es difícil. La brújula no basta para asegurar exactamente la dirección de marcha.

Un dirigible del tipo M III puede alejarse 300 kilómetros del punto de partida invirtiendo en el viaje unas seis horas. Pero como una porción de circunstancias pueden retardar el regreso, se deduce la conveniencia de que tales globos estén dotados de aparatos radiotelegráficos. De este modo, no solo se podrá comunicar á tiempo todas las noticias que se ad-

quieran y seguir dando cuenta de los movimientos del enemigo, sino que el jefe del ejército podrá dar al dirigible una nueva misión urgente sin necesidad de esperar su regreso. Si no se dispone de aparatos radiotelegráficos, la eficacia de las noticias depende desde luego del regreso del dirigible, lo que exige por parte del piloto la obligación de adoptar todas las medidas de previsión para asegurar en lo que cabe la vuelta, lo que se traduce en pérdida de la independencia del dirigible. En el estado actual de la técnica, no presenta dificultades extraordinarias la instalación de un aparato radiotelegráfico á bordo de un dirigible, lo que supone un aumento de carga de unos 260 kilogramos.

El abastecimiento de hidrógeno no es operación tan sencilla como pudiera creerse. M III necesita para su inflación 1.000 cilindros de un peso de 50 kilogramos cada uno, de suerte que teniendo en cuenta que conviene disponer de una dotación doble de la necesaria, serán menester 200 carros, á razón de 500 kilogramos cada uno. Por consiguiente, sería muy favorable el empleo de la tracción mecánica para el transporte de los cilindros de hidrógeno.

El aumento de velocidad de los dirigibles es el punto más interesante y el que más tiende á resolver el problema de la navegación aérea. Para conseguirlo, los alemanes se valen de motores cada vez más potentes, lo que lleva consigo un aumento de carga y el consiguiente aumento de la capacidad cúbica. Pero el aumento referido no puede obtenerse sin límite, toda vez que á ello se oponen dificultades insuperables. Si la velocidad se multiplica por dos, la resistencia opuesta por el aire queda multiplicada por cuatro y la potencia del motor ha de multiplicarse por ocho. Además, con el aumento de caballos de fuerza, crece el peso del motor y el peso del combustible necesario.

Con los motores actuales no es ya posible obtener velocidades sensiblemente mayores que las que ahora se alcanzan.

Considerados como arma de guerra, no hay que fundar grandes esperanzas en los resultados obtenidos con el tiro vertical, ó sea dejando caer simplemente los explosivos, porque la velocidad de marcha, la altura del dirigible, la forma del proyectil, la resistencia del aire y la fuerza del viento, dificultan en gran manera lo que podría llamarse puntería.

Sólo en casos especiales será posible acercarse á corta distancia y con escasa velocidad al blanco y entonces resultará muy útil el empleo de una especie de torpedo aéreo.

La artillería es poco eficaz contra los dirigibles, sobre todo si estos reúnen las condiciones maniobreras deseables. Una flota, especialmente, tendrá que acudir á la exploración á gran distancia, destacando de la escuadra principal una red de cruceros, y utilizando los proyectores durante la noche, pues las grandes dimensiones de las aeronaves no les permiten sustraerse á las vistas.

En una lucha entre dirigibles, las ventajas estarán de parte de los más veloces, que se puedan remontar rápidamente á mayores alturas.

Durante las operaciones, los dirigibles rígidos serán útiles especialmente en los casos en que con sus propios medios puedan volver fácilmente á sus cobertizos, y los no rígidos resultarán más indicados para seguir la marcha de los ejércitos. Cada ejército de operaciones debe disponer por lo menos, de dos dirigibles, uno en el aire y otro desmontado que acompañe al ejército en marcha; con la reserva del ejército irá un doble dotación de hidrógeno, un cobertizo desmontable, y los materiales necesarios para el montaje, las reparaciones, etc. Para esos transportes es muy conveniente la tracción mecánica en autocarruajes.

Como el montaje de un cobertizo de campaña es obra de unos dos días por lo menos, se deduce la conveniencia de que el dirigible en acción permanezca al descubierto, desinflándolo en caso de necesidad extrema. De todos modos, se requiere un suplemento diario de materias de consumo y de hidrógeno.

La gran velocidad necesaria para poder navegar contra vientos fuertes, la posibilidad de permanecer á grandes alturas y la conveniencia de recorrer grandes distancias, exigen que los dirigibles del tipo deformable tengan una capacidad de 7 á 8.000 metros cúbicos, y como ello impondrá un gran consumo de gas y de otras materias, se ve que no es cosa tan fácil como pudiera creerse el empleo práctico y normal de los dirigibles en la guerra.

Aparte del empleo de los dirigibles para el reconocimiento y la exploración, servicio del que se ha escrito mucho, lo mismo en la guerra campal, que en la de sitios y en la marítima, pueden ser también útiles las aeronaves para transmitir noticias por el camino más corto cuando no se disponga del telégrafo, con la ventaja de que la marcha no habrá de hacerse á lo largo de los caminos. En ocasiones será conveniente que un oficial del cuartel general realice una excursión en dirigible sobre el terreno ocupado por las tropas propias, para orientarse rápidamente sobre su situación; y lo mismo podrá hacerse en el terreno enemigo si éste carece de artillería especial.

Aeroplanos .

En principio se componen de: una superficie de sustentación, un motor con hélice, y elementos para dirigir la marcha y variar la altura (timones de dirección y de profundidad). El motor es en realidad la parte esencial del aeroplano. Respecto de la superficie de sustentación, es de notar que en algunos tipos modernos destinados á grandes velocidades, las alas son absolutamente planas, sin la menor curvatura.

En los biplanos la superficie de sustentación es más compleja, y ma-

yor, lo que permite llevar mayor carga; hasta hace poco se creía que el biplano tenía más estabilidad, pero después de los más recientes experimentos parece que ha de concluirse que el monoplano ha logrado la supremacía.

La utilidad del aeroplano en sus aplicaciones militares depende de la velocidad de marcha, que se aproxima á 100 kilómetros por hora, de la altura que se pueda alcanzar, de las pequeñas dimensiones del aparato, que á las grandes distancias le harán invulnerable, y de su pequeño peso y corto consumo de combustible.

(Concluirá)

NUEVOS UNIFORMES DEL EJÉRCITO FRANCÉS

El ejército francés, que tan apegado se mostraba á sus uniformes, ciertamente ya anticuados, va por fin á ensayar unos nuevos modelos que han sido aprobados por el Ministerio de la Guerra y comenzarán á usarse en algunos cuerpos en el mes de agosto próximo.

Se ha adoptado el color gris verde, y las prendas é insignias recuerdan los modelos prusianos y los españoles. Pero han sido nuestros vecinos más radicales que nosotros, toda vez que se han decidido por proscribir el képis nacional adoptando en su lugar un casco especial. He aquí las prendas de que se compondrá el nuevo uniforme.

Un casco de pasta de corcho cubierto por una funda de tela; un capote de una fila de botones, de cuello vuelto, y con dos bolsillos en el delantero; una guerrera de cuello recto, con cuatro bolsillos en el delantero; pantalón; bandas de pierna en lugar de polainas. Los botones serán de cobre mate. Las insignias de cabos y sargentos son análogas á las nuestras, consistentes en galones oblicuos.

El uniforme de los oficiales es análogo al de la tropa, salvo el ser más fina la tela. Además llevarán un morral á la espalda parecido al de tropa, y un cinturón de cuero color natural con porta espada; el sable, de nuevo modelo, es corto y tiene dorado el puño. Para gala se usará un cinturón gris verde con tejido de oro. Las insignias consisten en una, dos ó tres estrellas de plata para los oficiales, y una, dos ó tres estrellas de oro para los jefes, en el antebrazo.

Las diversas armas y cuerpos se distinguirán entre sí por el color de los vivos de las prendas de cuerpo y el pantalón, las hombreras, las divisas de los cuellos, etc.

Los cuerpos á caballo conservan los cascos que actualmente usan y la artillería adopta á su vez otro casco parecido al prusiano.